**“Un hijo sabio alegra a su padre” [Prov. 10:1a]
Por Ted Hildebrandt**

En las afueras de un pueblo rural, enclavado entre verdes colinas y frondosos bosques, vivía un hombre llamado Brad, un humilde carpintero conocido por sus manos hábiles y su corazón sabio. Brad solo tenía un hijo, Henry, un joven con ojos que brillaban de creatividad.

Desde pequeño, Henry siguió de cerca a su padre en el taller, absorbiendo cada golpe de su cincel y cada surco de su talla de madera. Brad observaba con orgullo cómo las manos de su hijo se afianzaban y su comprensión del oficio se profundizaba.

A medida que Henry crecía, también lo hacía su sabiduría. Escuchaba atentamente las historias de su padre, aprendiendo no solo el arte de la carpintería, sino también los valores de la paciencia, la perseverancia, la precisión y el trabajo bien hecho. Brad a menudo se maravillaba del desarrollo de las habilidades de su hijo.

Una tarde de verano, mientras el sol dorado se ponía en el horizonte, Brad estaba sentado en el porche de su modesta casa, con una sonrisa cansada en los labios. Henry se acercó con un destello de entusiasmo en los ojos.

«Padre», comenzó Henry, «tengo una idea para un nuevo diseño. Una mesa que no solo cumple su función, sino que está hecha de una sola pieza de madera». Intrigado, Brad asintió, invitando a su hijo a compartir su visión. Mientras Henry hablaba, sus palabras esculpían una imagen de elegancia e ingenio, cada detalle cuidadosamente pensado, cada curva imbuida de un significado específico del estilo de trabajar la madera de su familia.

Con la experiencia de Brad y la creatividad de Henry, el taller rebosaba de energía mientras daban vida al diseño.

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses, pero ni padre ni hijo se cansaron, y su vínculo se fortalecía cada día.

Finalmente, la obra maestra apareció ante ellos: una mesa adornada con suaves y amplios contornos de una sola pieza de madera, que reflejaba el estilo único de su padre e hijo. Los ojos de Brad brillaron de orgullo al contemplar su creación, pero más que eso, sintió una profunda alegría en su corazón, una alegría que solo un padre podía conocer.

Pasaron los años, y la fama de la artesanía de Brad y Henry se extendió por todas partes. Su taller se convirtió en un santuario para quienes buscaban no solo muebles de madera, sino una obra de arte impregnada de su singular biografía familiar.

Un fresco día de otoño, mientras las hojas bailaban con el viento y el aire se llenaba con el aroma de virutas de madera fresca,

Brad estaba de nuevo en el porche de su casa, con una sonrisa de satisfacción en su rostro curtido. A su lado estaba Henry, ahora un hombre con ojos que reflejaban la misma paciencia, persistencia y satisfacción por el trabajo bien hecho que siempre había llenado el corazón de su padre.

«Padre», dijo Henry, rompiendo el silencio apacible, «gracias por enseñarme no solo el arte de la carpintería, sino también el arte de vivir». El corazón de Brad se llenó de alegría al contemplar a su hijo adulto.

Y así, en el tranquilo abrazo de su hogar, rodeados de amor y recuerdos grabados en madera, la eterna verdad proverbial de “el hijo sabio alegra a su padre” [Prov. 10:1a] cobró vida una vez más.